

¿Clase media?, de Oriana Seccia (2019)

Buenos Aires: Ubu Ediciones.

Reseña por Agustín Lucas Prestifilippo

Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, Argentina - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina.

La clase media está en el centro de la escena. Se presenta como tema principal en columnas de opinión, es invocada como interlocutora privilegiada en discursos electorales, abunda como objeto de investigación académica en publicaciones especializadas. Eslabón innegable de los procesos políticos recientes en el mundo capitalista, el sujeto de clase media ha adquirido carta de ciudadanía en el medio de los debates de la esfera pública.

Esta novedad hace ya algunos años que se advierte en América Latina. Se sabe: no sería posible comprender las torsiones recientes de las correlaciones de fuerzas sociales en Brasil, Ecuador o Bolivia –signadas por una brutal reacción conservadora en la que se conjugan elementos oligárquicos, racistas y misóginos– sin apelar a una analítica de los prejuicios y afectos reactivos que motivan los comportamientos anfibológicos de este sujeto. En nuestro país su efigie ha sobrellevado un corrimiento significativo en relación a las tácticas y estrategias de las fuerzas populares y de izquierda. De ser considerada un mero sinónimo de infamia, la clase media ha pasado a nombrar esa parte de lo social que genera desvelos –“¿qué quiere?”–, y que obliga a una nueva batalla por su seducción –“¿cómo se politiza?”.

Oriana Seccia no teme en ubicarse en esta enardecida aunque no menos enrarecida coyuntura. Sin embargo, el *modo* en que lo hace, lo que la autora denominará su “método”, se desplaza sutilmente de las formas convenidas en las que hasta el momento se ha discurrecido sobre ella.

Continuadora de las múltiples expresiones del pensamiento social crítico, el camino de su meditación consiste en un acercamiento, como si dijésemos, liminal al objeto. En su aproximación, éste pierde su evidencia para aparecer “trastocado, enajenado, mostrando sus grietas y desgarros” (Adorno). Así, pues, el estatuto que le atribuyen los discursos de la clase media se transforma completamente. Pues esta indagación trabaja por desplazamientos, “flota”, en atención a los jirones en los que su objeto se presenta. Así, compone con ellos *algo* que dé una idea para descifrar el enigma.

El discurso y la identidad de clase

¿Clase media? se ocupa entonces de formular la pregunta por la pregunta. Interroga los presupuestos no tematizados que operan en los discursos dominantes –de los que, lamentablemente, en muchas ocasiones las ciencias sociales no han podido liberarse–. En efecto, el motivo fundamental de esta interrogación no será otro sino las condiciones de emergencia de este sujeto. La invocación interrogativa de Seccia no produce el reconocimiento de clase media (“sí, soy yo”), sino el tembladeral en el que, al retrotraerse genealógicamente a su procedencia, pierde el suelo bajo sus pies.

Por lo tanto, la mirada que ve en esta categoría un problema no podrá limitarse al mero registro demográfico de su posición objetiva en la estructura social, ni describir trivialmente sus opiniones acerca de los temas

que marcan la “agenda” pública. Estas orientaciones, en sus presuntas polaridades, presuponen en espejo aquello que se requiere poner en cuestión. Para evitar esta doble ceguera, Seccia recuperará el impulso vital de saberes críticos como la antropología (Lévi-Strauss, Turner) o el psicoanálisis (Freud, Lacan), en los que la pregunta epistemológica siempre requirió del descentramiento del sujeto (varón, europeo, blanco, burgués) como su condición más indispensable.

Esas fuentes en las que abreva la crítica nos recuerdan que las identidades no son una positividad esencial sino el efecto de reglas, operaciones y procedimientos que la anteceden, y que ponen en entredicho sus pretensiones de universalidad e inmediatez. Pero esas identidades no son tampoco meros reflejos de determinaciones anónimas inalterables sino procesos que vienen siempre ligados a posibilidades que exceden lo predecible. La aplicación reiterada de las normas mediante la que se refuerza la identidad de clase media involucra su diferimiento, enlazándola con la apertura hacia algo que no estaba contemplado en sus cálculos. A esta performatividad Seccia la denominará experiencia. Si caben la historia, la política y la lucha, es precisamente porque sigue siendo posible la experiencia. ¿Clase media? Se sostiene sobre esta tesis radical.

Pero entender a la identidad de clase media como esta conjunción ambivalente de efecto y fuerza, producto e instanciación de nuevos posibles, requiere subsiguientes determinaciones que el texto de Seccia se ocupará de precisar. La autora lo hace tomando prestado una noción de discurso en la que las identidades de clase serán consideradas como posiciones que asumen los hablantes en respuesta a las interpelaciones de un dispositivo. Al concebir a la clase media como matriz de enunciación, se abren una multiplicidad de problemas que nos interrogan persistentemente: ¿cuáles son los procedimientos discursivos que facilitan la identificación de un individuo o grupo en esta categoría social y no en otra? ¿Cómo se configuran las dominancias en las que se operan las identificaciones de clase en una determinada coyuntura? ¿Qué disonancias son excluidas bajo esta interpelación consonante?

El libro de Seccia se ocupará de responder cada una de ellas compendiando una serie de textos heteróclitos, en los que la lectura intentará especificar los rasgos que estructuran la morfología de ese dispositivo dominante de enunciación, pero también puntuando –como gusta decir a la autora– sus desplazamientos, sus torsiones, y las dispersiones en las que sus procedimientos chocan entre sí, se amontonan, se contraen y se dilatan en su historia. Incluso al punto de dislocar su continuidad impertérrita. Abrevando en distintos géneros, la autora nos presentará una fascinante lectura en la que los discursos aparecen en danza, operando prácticas de enunciación marcadas por un movimiento de aceptaciones y rechazos, continuaciones y cuestionamientos, consentimientos y réplicas, sumisiones y desconocimientos.

Génesis y estructura del dispositivo

Curiosamente, la primera figura leída en esta clave será la sociología de Gino Germani. Ante la mirada de Seccia, sus textos, pretendidos informes protocolares de una cuidada investigación científica, aparecen como emblemas de una operación de fundación, en la que serán sentados los rasgos que dominarán las concepciones imaginarias de lo que la clase media argentina debe ser. Para la génesis del dispositivo esta intervención sobre su (de)-ontología será primordial. Pues en ella, nos sugiere la autora, la fundación de una disciplina del saber sociológico coincide con la conformación de un mito en el que se trazan los límites de lo pensable y decible acerca de las clases sociales y, con ese trazado, una determinada distribución del poder. Cabe decir que con esta fundación comienza aquí también una historia, que transcurre entre las postrimerías del Peronismo Clásico y el final de la última Dictadura. Durante este período, el dispositivo

de clase media opera bajo una lógica efectiva de saber y poder que para Seccia se condensa en tres determinaciones fundamentales: una posición de enunciación paternalista cuyo objeto privilegiado son los sectores populares; un cronotopo con el que se narran los propios orígenes, en los que la procedencia del viejo continente hacia fines del siglo XIX y principios del XX operará como mecanismo de segmentación por linaje; y, por último, una escala de valores en los que predominan el individualismo, la moderación, y la educación.

Estas determinaciones se declinan en dos vertientes que trazan los extremos de un arco que va desde el racismo explícito, como el que se expresa en la célebre teoría de Germani sobre el comportamiento político de las clases populares, hasta posiciones de sujeto en las que la clase media opera bajo el impulso de una orientación progresista, como las que presenta Seccia en su lectura de *El río sin orillas* de Juan José Saer, y en *Las islas*, de Carlos Gamerro.

En el itinerario que nos propone la autora, el dispositivo de clase media sufrirá una transformación profunda, en la que se producirán rupturas significativas en su estructura. En efecto, muchas de las premisas histórico-evolutivas que acompañaron los análisis de Germani sobre la misión modernizadora que la clase media serán drásticamente reformuladas por un discurso que procurará trazar a grandes rasgos los perfiles de una nueva época. Se trata de los textos de crítica cultural que han diagnosticado el advenimiento de un tiempo que deja en el pasado las certezas de la modernidad, en cuyo inventario no sería menor la imagen de una sociedad de clases transparente y homogénea, fundada en un principio único y fijo que constituiría el sentido de cada una de sus partes, simplificando así las contradicciones y desencuentros que ritman las divisiones sociales. Al justificar el abandono de toda categoría de clase social en sus dificultades constitutivas para comprender un presente cultural y social en movimiento, los textos de diagnóstico sobre la posmodernidad sentarán los términos que encuadran una nueva configuración del dispositivo de clase media.

Nos encontramos aquí con las transfiguraciones discursivas de las que la sociedad argentina fue testigo desde los días traumáticos de la Crisis de la Hiperinflación hasta las Jornadas de Diciembre de 2001. Porque frente a estas caracterizaciones, que impugnaban el estatuto ontológico de aquella porción de la sociedad que la categoría de clase venía a evocar, obligarán al dispositivo a “ponerse al día”, abriéndose a una espectacular reconfiguración interna. Lo que aquí sostiene Seccia con ejemplar rigor es que, ante estos fenómenos, la clase media como matriz de enunciación no dejará de existir, sino que irónicamente se reforzará así misma mediante la interiorización de sus críticas.

Neoliberalismo y posmodernidad

Se trata de una época signada por un proceso de individualización radical, en el que pareciera que toda categoría de agregación allende la pura voluntad de los individuos ha perdido su validez para ceder su lugar a un léxico privado de toda acepción democrática sobre la vida en común. Seccia rastrea en la novelística de Romina Paula y en la poética de Mariano Blatt dos transfiguraciones literarias de esta etapa, especificando las modalidades en las que esta literatura responde a las interpelaciones de la época.

Para ello, en esta segunda parte de *¿Clase media?*, la autora tendrá que revisar las discusiones recientes de la crítica literaria nacional acerca de la así llamada Nueva Literatura Argentina, indagando en primer lugar cómo han incidido las caracterizaciones del nuevo panorama cultural posmoderno en las maneras de escribir y leer en nuestro país; pero también, y más fundamentalmente, bajo qué rúbricas normativas se ha otorgado validez al juicio de inclusión/exclusión de estos escritores en la antología literaria de lo que se

establece como “nuevo”. Y aun cuando la vitalidad de la lectura de Seccia se exprese plenamente en las interpretaciones concretas de los materiales literarios específicos, la antesala de este pasaje por los debates de la crítica literaria argentina contemporánea anticipa, en su forma agonística de polémica, la composición internamente dividida, “heterogénea” dice la autora, de esta nueva configuración del dispositivo de clase media. Pues en el seguimiento atento de los motivos y de los procedimientos textuales ejecutados por estas literaturas emergentes, así como en los circuitos independientes en los que ellas son publicadas, se perciben antagonismos cuyas fricciones ponen al dispositivo al borde de su sobrepujamiento.

En este sentido, la argumentación de Seccia nos invita decididamente al aceleramiento de nuestros pasos, sugiriéndonos que en el seguimiento consecuente del antagonismo que llega a este punto de encumbramiento entre fuerzas contrapuestas pareciera reconocerse también la posibilidad de un nuevo quiebre de cara al porvenir. Ese tajo en la costura aparece dramáticamente en la glosa propuesta sobre los cuentos incluidos en *Intercambio sobre una organización*, de Violeta Kesselman; pero cabe decir que las lecturas de las otras literaturas han descubierto ya varios de los problemas que se le presentan a esta nueva configuración del dispositivo. El modo en el que Seccia apostilla este texto en el que el sujeto de clase media se presenta bajo la figura de la militancia política de base territorial, es a partir de la hipótesis de un retorno de dimensiones extemporáneas al dispositivo posmoderno de clase media, en las que nuevamente son convocados los legados emancipatorios de las luchas colectivas por la transformación social.

Este sobrepujamiento de sí que opera el dispositivo a partir de lo que muestran los cuentos de Kesselman habilita una formulación de una serie de preguntas con las que culmina *¿Clase media?*, destinadas todas ellas a pensar cómo podría operar una articulación discursiva que, tan contingente y episódica como la que ha dominado nuestra historia, logre hacer algo con los posibles obturados pero visibles en estos textos. Esa configuración *otra* del dispositivo, haría de su fragilidad una virtud, pues en ella, dice Seccia, se abriría constitutivamente al dolor ajeno, evocando en esa pasividad la vocación irrenunciable por la justicia y la emancipación. La pregunta que surge inmediatamente es de qué manera las figuras y las estrategias textuales de esta literatura habilitarían esta formulación. Para responder a estas interrogaciones la autora apelará a una potente teoría acerca de la experiencia en la que la fuerza de la literatura logrará toda su eficacia.

La fuerza de la experiencia

Decíamos que detrás de estas meditaciones acerca de las reconfiguraciones literarias del dispositivo de clase media se encuentra una singular teoría de la experiencia, sobre la que pretendo decir algo para finalizar estas notas. Esa teoría nace como resultado de una lectura de textos literarios cuyo efecto estético descansa, fundamentalmente, en su vacilación. Esta ausencia de equilibrio textual evidencia la estructura internamente inestable del dispositivo.

Lo que la lectura descubre es un particular movimiento de auto-subversión que recorre las respuestas literarias a las interpelaciones del dispositivo. Es que en los textos pareciera como si cada figura se desdoblase, habilitando en sí a su otro que lo desmiente. De esta forma, sus enunciados aparecen como superficies internamente tensionadas por un conflicto que la lectura debe desplegar para reconocer sus visiones y sus cegueras. Y aun cuando la lectura sea convocada para realizar efectivamente ese despliegue –pues los textos no logran la resolución de sus tensiones por sí mismos–, ese desarrollo, en el que se visibilizan las oposiciones que desdican la unidad textual, sólo es posibilitado por la misma materialidad rugosa del texto, que aquí se muestra como la causa objetiva de su propia negación.

Seccia despliega este movimiento entre texto y lectura a partir del motivo de la “ambivalencia”, ubicándose en el estudio micrológico de figuras de tensión que recorren los materiales elegidos, desde Germani hasta Kesselman. Aquí cada nombre propio es la cita de una contradicción en un recorrido que nosotros, lectores, reconocemos en el acompañamiento de la lectura que propone ¿Clase media?, pero cuya existencia los textos pretenden desconocer. A su vez, esas tensiones son las que justifican la transición hacia otras figuras del dispositivo, porque ponen en acto el estatuto desplazado de sí de la identificación que produce la conciencia de clase media. A riesgo de cometer una injusta simplificación de su argumento, me limitaré a mencionar sólo algunas de estas ambivalencias, en las que se repara cuando se lee la lectura que propone Seccia.

En el caso de Germani, por ejemplo, la experiencia del exilio y la persecución, el desasosiego ante el terror fascista en Italia, sobredetermina su (de)-ontología de la clase media argentina. En *El río sin orillas*, la posibilidad de experiencia sensible del otro, un nosotros que se reconoce en el devenir femenino del narrador-autor en la percepción de una mujer pobre que comparte un momento con su hijo en las orillas del río, desmiente las recurrentes posiciones paternalistas del narrador pronunciadas desde la torre de marfil. *Las islas* reflejará un desdoblamiento en la presentación dúplice de la clase media, en la que una pulsión reparadora de justicia complejizará el “protagonismo patético” que el personaje de Tamerlán le hace jugar en la historia.

En las novelas de Romina Paula será la relación de ambivalencia entre la experiencia de un encuentro amoroso, y el reconocimiento de su insuficiencia, la que haga despertar a la narradora-protagonista de la obstinación narcisista en la que su conciencia, atrapada en un presente eterno, se aliena del espesor de lo real. El lenguaje joven y generizado de Blatt es leído como fiel testimonio de una reconfirmación del sujeto de clase media retirado de todo compromiso moral y abocado a una mera ética del *amot fati*, y al mismo tiempo, como “trascendencia inmanente”, como deseo utópico de una vida comunitaria sin distinción presente en las experiencias trans-individuales de la fiesta y el erotismo. Es precisamente esta simultaneidad, entre el sesgo masculino de lo tribal excluyente, y el porvenir anhelado de una nueva solidaridad con lo anónimo, la que hace crujir desde dentro la imagen de una juvenil identificación sin restos con la oferta neoliberal de mercancías culturales diversificadas. En Kesselman, la expresión formal de una voz objetivadora que describe a los personajes desde afuera, y los procedimientos de extrañamiento de la temporalidad de la narración, muestran una cuidada reflexión acerca de las tensiones y dilemas que involucra el desembarco militante en un barrio del conurbano bonaerense.

Todas estas torsiones son, junto a muchas otras que Seccia analiza en su trabajo, conflictos de figuras de una conciencia que en algún momento determinado han participado de una discusión sobre lo que significa la clase media en nuestro país.

Podemos así determinar con mayor precisión el estatuto de la reflexión que realiza la crítica. Al sobreponerse a la primera reflexión que opera en las tensiones inmanentes de los textos, el discurso que habla sobre lo que la experiencia suscita en la lectura da lugar a una segunda reflexión. Esta *otra* reflexión produce un saber específico, acaso trágico y por ello radicalmente político, que se podría formular de la siguiente manera: no cabe contemporaneidad a sí de ningún momento determinado de la historia, pues cada

época se encuentra “puntuada” por una lógica espectral en la que coexisten, al modo de un palimpsesto, dimensiones heterogéneas de una experiencia que la crítica se debe ocupar de reflejar. No cabe la posibilidad de nuevas articulaciones colectivas de esas posibilidades abiertas por los discursos de nuestro presente; vale decir, no cabe el porvenir, sin esa dialéctica de la reflexión. Necesario y urgente, ¿Clase media? de Oriana Seccia contribuye, entre palabras, decididamente a ese trabajo.